

Arquitectura militar púnico–helenística en Hispania.

Manuel Bendala y Juan Blázquez

U.A.M.

Resumen

El artículo contiene la enumeración y la valoración arqueológica e histórica de los vestigios de murallas urbanas en Hispania atribuibles a los príncipes de la dinastía púnica de los Barca, dentro de la tradición helenística. Se analizan los casos de *Qart Hadasht* (Cartagena), Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz), *Lucentum* (Tossal de Manises, Alicante), *Carmona* (Carmona, Sevilla) y otros, con especial atención a la ciudad púnica de *Carteia* (San Roque, Cádiz). Se añade una nueva propuesta acerca de la posible existencia de un campamento púnico fortificado en la antigua *Tarraco* (Tarragona).

Palabras clave: Arquitectura militar helenística, cultura púnico-helenística, ciudades púnicas en Hispania.

Abstract

This paper contains an archaeological and historical discussion about the remains of Punic-Hellenistic military architecture in Ancient Spain at the time of Barcid Dynasty. Among the cities are *Qart Hadasht* (Cartagena), Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz), *Lucentum* (Tossal de Manises, Alicante), *Carmona* (Carmona, Sevilla) and others, with particular attention to *Carteia* (San Roque, Cádiz). It also includes a new proposal about the existence of a punic fortification in *Tarraco* (Tarragona).

Keywords: Military-hellenistic architecture, punic-hellenistic culture, punic town in Ancient Spain.

Es éste uno de tantos temas relativos a la Antigüedad hispana que hace un par de decenios era inimaginable como asunto a tratar en un encuentro científico como el que nos ocupa.

El aporte de multitud de nuevos datos y muy cualificados en los últimos años y la revisión de los conocidos de antiguo, descubren un nuevo panorama que es la mejor evidencia de la notable madurez alcanzada por los estudios arqueológicos (y de las ciencias de la Antigüedad en general).

En ese nuevo panorama, puede resultar una de sus facetas más sorprendentes la posibilidad de entrever la particular expansión de murallas y fortalezas de matriz helenística debidas a la presencia y a la acción de los Barca en la Península Ibérica. Es, a su vez, una faceta de no poca relevancia de las consecuencias en la organización y el control territorial de amplios sectores de la Península por parte de los Barca que hace pocos años, como se decía, no podía ni plantearse.



Fig. 1.- Vista aérea de la Puerta de Sevilla (Carmona).

Podemos decir, a la ahora de ver cómo se ha ido gestando en nuestra tradición científica la atención a esta cuestión, que precisamente uno de nosotros se planteó hace ya años como uno de sus objetivos la de poner de relieve cuanto pudiera ser testimonio de una acción de los Barca más llena de consecuencias de lo que se suponía o se admi-

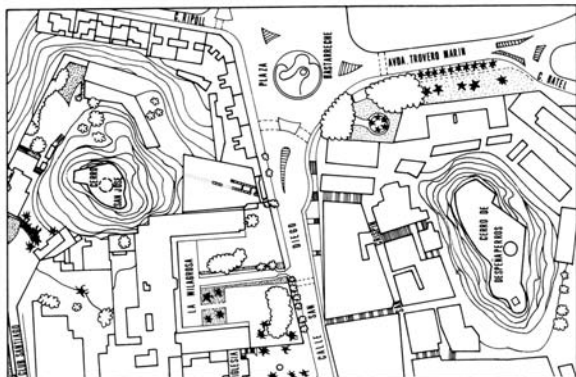


Fig. 2.- Plano del sector de Cartagena donde se hallan los restos de la muralla púnica (según Martín Camino, 1994).

tía, en torno a los años ochenta del pasado siglo, en el estado de los conocimientos de entonces¹.

El punto de partida era una atenta lectura del plan de los Barca en la Península según lo describen los autores antiguos, la asunción de su perfil como verdaderos príncipes helenísticos y promotores de un plan ajustados a ese patrón, y la presunción de que su presencia y su obra en Hispania hubo de tener consecuencias importantes en el plano urbano, urbanístico y arquitectónico, en una palabra, en el plano estructural. Para todo ello, la percepción de una profunda huella púnica en una ciudad tan representativa como Carmona, estimuló hipótesis de trabajo que, para lo que ahora va a ocuparnos, encontraron un punto de apoyo principal en la propuesta



Fig. 4.- Detalle de la muralla púnica de Cartagena.

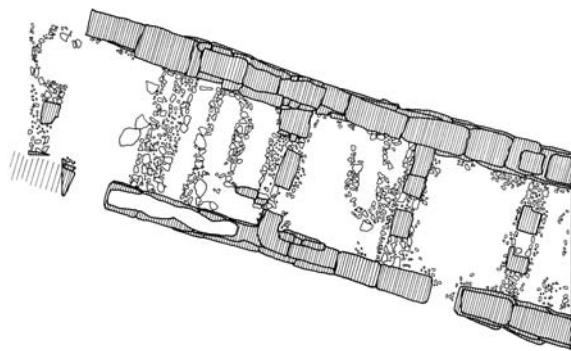


Fig. 3.- Planta del sector excavado de la muralla púnica de Kart Hadasht (según Martín Camino, 1994).

confluente de Alfonso Jiménez acerca del gran organismo defensivo de la Puerta de Sevilla (fig. 1) en la citada ciudad de Carmona (Jiménez, 1987).

Ya se sabe: aparte de leves vestigios de una muralla atribuible al Bronce Final, el corazón de la estructura defensiva todavía visible correspondía a un bastión o gran torreón de época helenística que por algunos indicios arqueológicos y por el estudio de la diacronía del monumento, cabía atribuir a la acción de los Barca.

Fue una propuesta estimulante, ampliamente debatida, discutida y mayoritariamente aceptada como plausible en el panorama moderno de la investigación arqueológica. No faltan problemas, como ha señalado en su estudio general Pierre Moret (1996, 539-541), ni ha dejado de haber discrepancias, pero, sin duda, la propuesta contribuyó a desencadenar una beneficiosa nueva mirada a los testimonios arqueológicos correspondientes a esa época crucial asociada a la penetración de la corriente helenística, auspiciada por el dominio sucesivo de púnicos y de romanos, poderosos encauzadores ambos de la misma citada corriente helenística, con un característico caudal en lo económico, lo político, lo ideológico, lo urbanístico... en una palabra, la concepción global de la cultura y de la ciudad.

¹ Entre los trabajos en esa dirección: Bendala, 1987, 1990, 1994, 2000, 2000-2001 y 2003.

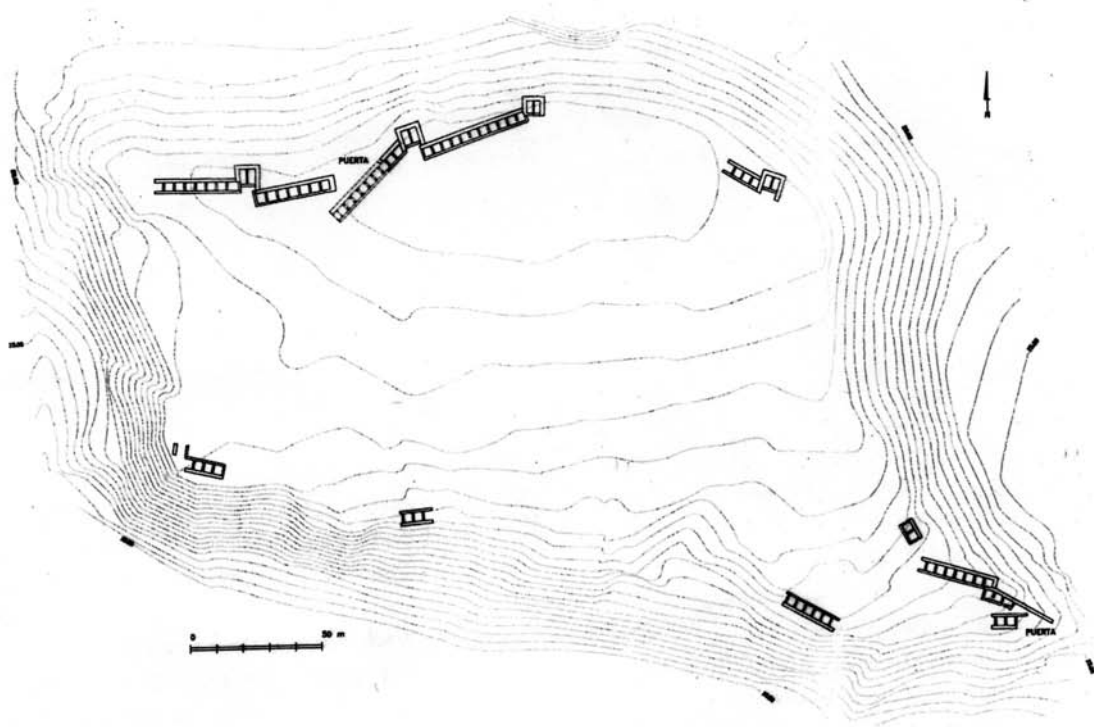


Fig. 5.- Topografía y planta general del asentamiento del Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz). Según D. Ruíz Mata.

Nuestro recorrido por los testimonios de la arquitectura defensiva helenística adjudicable a la acción de los Barca puede –y debe– empezar por la propia capital de sus dominios en la Península: Qart Hadasht / Cartago Nova. Uno de nosotros tuvo ocasión de recordar no hace

mucho (Bendala, 2000), en este mismo lugar, cómo D. Antonio García y Bellido, al tratar de la Cartagena púnica en los años cincuenta del pasado siglo, en su aportación a la Historia de España de R. Menéndez Pidal, escribía: “Los hallazgos arqueológicos de Cartagena no han dado hasta el

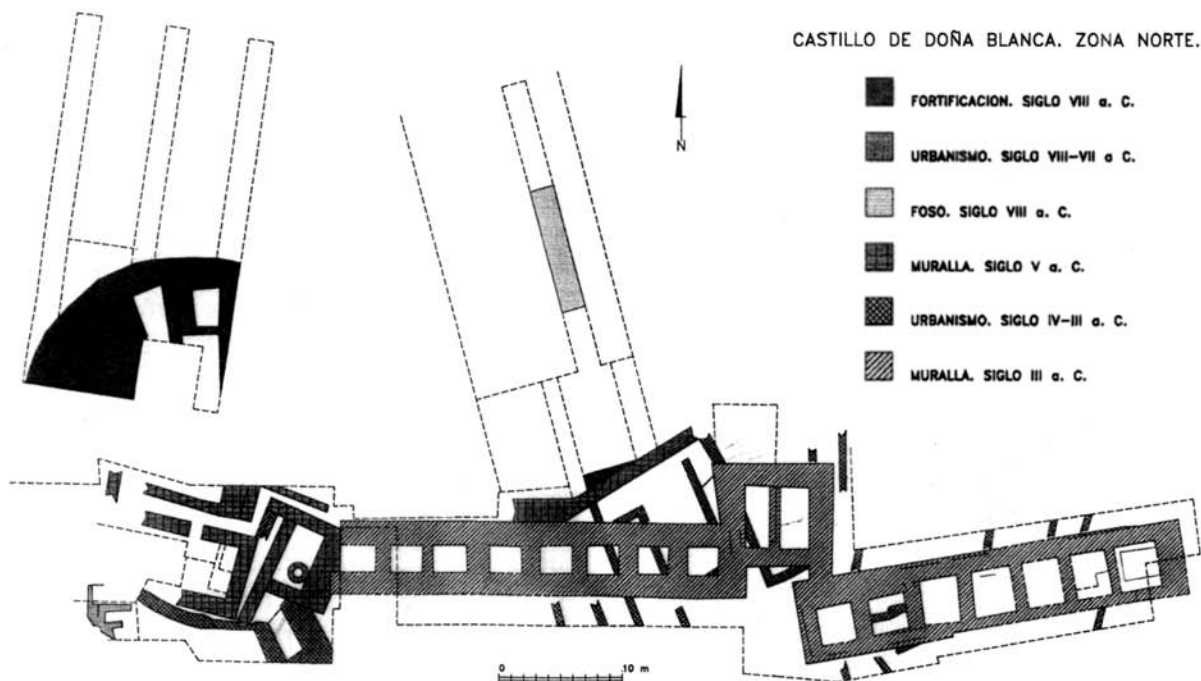


Fig. 6.- Detalle de la muralla de casamatas y otros vestigios, del Castillo de Doña Blanca (según D. Ruíz Mata).



Fig. 7.- Muro púnico helenístico, de sillares con engatillados y ligero almohadillado, del Castillo de Doña Blanca.

presente señales de su pasado púnico más que quizá el vaso de la fig. 359, que parece cartaginés...” (García y Bellido, 1952, 448).

Hoy día contamos con testimonios arqueológicos suficientes como para sostener que la fundación de la *Qart Hadasht* de Asdrúbal se lleva a cabo sobre la base de un poblamiento que arranca en el siglo IV a.C. (Ros Sala, 1989; Martín Camino y Roldán Bernal, 1992; Martín Camino, 1994). Aunque estamos lejos de conocer el perfil de su paisaje urbano, con el que contrastar la



Fig. 8.- Vista del sector excavado correspondiente a la muralla de Carteia.

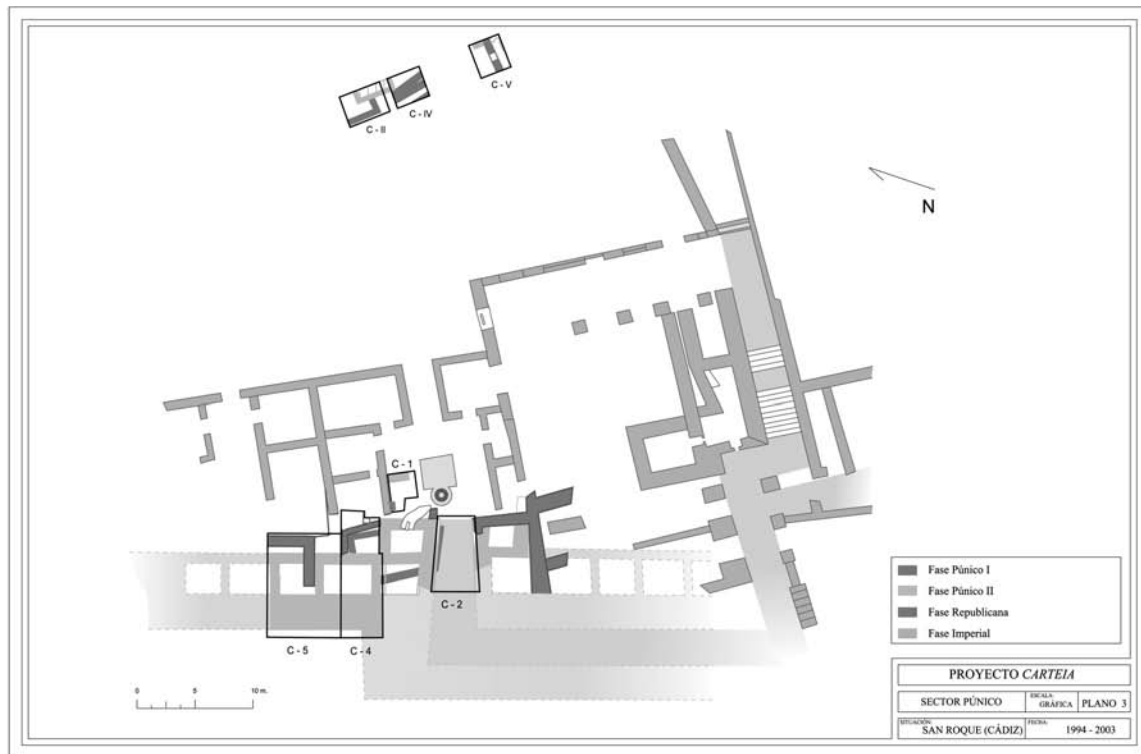
² La importancia de la zona, en el foco más activo de la cultura tartésica y de los primeros fenicios, se hace más patente cuando se analizan los criterios estratégicos seguidos para la situación de asentamientos como éste en función de la topografía o la geografía de la zona en la Antigüedad, muy alterada en nuestros días por fenó-

expresiva descripción de Polibio, sí se tienen testimonios acerca de la monumentalidad que debió de tener la ciudad de Asdrúbal, a tono con el modelo urbanístico que inspiraba las fundaciones de los “príncipes” helenísticos en todas partes. Destaca en ésto, precisamente, el sector de muralla hallado entre los cerros de San José y Despeñaperros (fig. 2), una parte de la cerca púnica en el sector principal para la defensa de la ciudad correspondiente al istmo de la península que ocupaba aquélla. Lo recuperado es parte de una recia muralla (fig. 3), formada con dos muros

paralelos -a distancia de unos seis metros- trabados con tirantes, con zócalo de grandes sillares y alzado de adobes (Martín Camino y Roldán Bernal, 1992, 116-121). Los paramentos de grandes sillares a soga, con las juntas talladas a bisel (fig. 4), de forma que resultan como sillares almohadillados, están en la línea de la mejor arquitectura defensiva de corte helenístico, con un paralelo próximo y significativo en el asentamiento púnico de Mozia, en Sicilia (una síntesis, en Tusa, 1988, 187-188), con tramos de zócalos de sillares idénticos a los cartageneros.

En el ámbito de la Andalucía occidental, uno de los focos principales de la presencia fenicio-púnica, aporta nuevos y significativos datos el asentamiento del Castillo de Doña Blanca (Ruiz Mata y Pérez, 1995, Ruíz Mata, 1999 y 2001). Se consolidó como centro de habitación, en un lugar privilegiado de la Bahía de Cádiz², desde el siglo VIII a.C., con una base en el poblamiento de la zona desde, al menos, el Bronce Final (había asentamientos en lugares más altos, a corta distancia de la pequeña loma costera que ocuparía el asentamiento definitivo). Desde el comienzo, el asentamiento del Castillo de Doña Blanca -una iniciativa fenicia, según las conclu-

menos neogénicos, bastantes de ellos atizados por la acción antrópica directamente. Así lo subrayan los excavadores y estudiosos del Castillo de Doña Blanca, y alguna observación al respecto tuvimos ocasión de realizar en otro lugar (Bendala y Corzo, 1992).



Lám. 5. Áreas de excavación del sector púnico (C-1 a C-5).

Fig. 9.- Sector de las ruinas de Carteia, correspondiente a la muralla y el acceso a la ciudad púnica. Equipo Carteia.

siones últimas- es concebido según un ambicioso proyecto de control económico y político de la zona, como demuestra el lugar elegido y su inmediato amurallamiento. De su continuada vitalidad abundan los indicios, entre ellos la propia renovación de la muralla, en un marco de actividad edilicia general muy acusada, siempre



Fig. 10.- Detalle del paramento de la entrada abocinada de la muralla carteense.

el mejor testimonio del pulso vital de un núcleo habitado. Se ha documentado un nuevo amurallamiento en el siglo V y, con carácter general (fig. 5), una fase de gran reactivación en los siglos IV y III que vuelve a tener en la renovación del muro defensivo una sus expresiones más significativas. Por entonces la ciudad se dotó de una potente muralla de casamatas, apoyada en parte en la cerca del siglo V, muralla de la que se conservan bastantes tramos, torres y puertas que dan cuenta de su monumentalidad. Una puesta al día de la misma (fig. 6), con nuevas e importantes remodelaciones, es asociada por los excavadores a la época de los Barca, a la que también parecen corresponder algunas más que notables construcciones en la zona del espigón, con muros muy característicos de sillares engatillados y con suaves y cuidadosos almohadillados (fig. 7).

En suma, el asentamiento de El Castillo de Doña Blanca constituye un valiosísimo testimonio de la estrategia económica y política de los fenicios en la zona principal de la Bahía de Cádiz y la desembocadura del Guadalquivir, y de su proceso de consolidación, con una fase de apogeo en los últimos siglos de su historia, en buena parte marcada o influida al final por los planes puestos en marcha por los príncipes púni-

cos que disputaron a Roma el dominio del Mediterráneo. Del choque de los dos poderes hegemónicos da cuenta el interesante tesoro de 56 monedas hallado en una de las casamatas de la muralla helenística del asentamiento, seguramente acuñadas en Cartago para pagar a las tropas cartaginesas que participaban en el conflicto (Alfaro Asins y Marcos Alonso, 1994).

Otro centro principal para lo que ahora nos ocupa es *Carteia*, ciudad situada en el nudo estratégico del Estrecho de Gibraltar, y de importancia conocida por las noticias contenidas en las fuentes literarias y por la tradición de los trabajos



Fig. 11.- Grandes sillares (el superior, fragmentado, de esquina), hallados en el podio del templo romano republicano de Carteia.

arqueológicos llevados a cabo en sus ruinas. En ellas trabajamos desde 1994, aparte de estudios previos sin intervención directa en el yacimiento, y a los resultados de nuestras campañas remitimos para una reconsideración última y por extenso de la historia de la ciudad (Bendala, Roldán, Blázquez y Martínez Lillo, 1994; Roldán, Bendala, Blázquez y Martínez Lillo, 1998; Roldán, Bendala, Blázquez, Martínez Lillo y Bernal, 2004).

Su origen puede buscarse en un antiguo asentamiento fenicio situado en el Cerro del Prado, un poco aguas arriba del río Guadarranque, en un lugar que en la Antigüedad se configuraba como un estrecho golfo al fondo de la bahía de Algeciras al que se asomaba una pequeña península o una isla elegida como punto de apoyo para la colonización en fechas que se remontan, al menos, al siglo VII a.C. (Ulreich *et alii*, 1990). Se abandonó en el IV a.C., en parte, quizá, por la

progresiva inadecuación del lugar como centro portuario por razones de aluvionamiento, pero, sobre todo, por la necesidad de disponer de un lugar adecuado a un proyecto más ambicioso de expansión urbanística y económica, que de nuevo nos remite al pujante siglo IV a.C.

El lugar elegido era una pequeña elevación al borde de la bahía, junto a la desembocadura del río, donde se halla la *Carteia* que conocemos por sus numerosos vestigios, ahogada desde los años sesenta en el polígono industrial del Guadarranque. Las intervenciones arqueológicas se han centrado prioritariamente en un sector elevado al oeste de la ciudad, en el que afloraban los restos antiguos, sobre los que se edificó la casa del cortijo del Rocardillo, derruida hace años para facilitar el estudio de la ciudad púnica y romana. Aquí, en el lugar del templo romano - uno de los restos más conocidos de la ciudad - y en la ladera occidental de este sector llevamos a cabo varios sondeos que trataban de determinar la secuencia histórico-arqueológica de la ciudad y dotar de contextos arqueológicos datables a construcciones importantes, como el propio templo, y el resultado ha sido poder determinar las fases principales de la historia de la ciudad y conocer aspectos fundamentales de su etapa fundacional, de su época púnica (los resultados últimos de la investigación, en Roldán *et alii*, 2004).

En el corte de la ladera occidental, a partir del análisis de estructuras constructivas parcialmente desenterradas con anterioridad, ha sido posible reconocer la superposición de varias fases urbanísticas bien caracterizadas (fig. 8). La más antigua, correspondiente a la fundación de la ciudad, presenta estructuras de notable potencia y ordenación regular, con contextos que llevan a una datación en la primera mitad del siglo IV a.C., de forma que parece confirmarse la hipótesis de una correlación entre el abandono del poblado del Cerro del Prado y la fundación del nuevo asentamiento.

Cuenta entre los vestigios de esta fase fundacional del nuevo centro urbano una parte del lienzo de la muralla, de tres metros de espesor medio, en un sector correspondiente a uno de los accesos a la ciudad. Constatada sólo en una parte limitada (fig. 9), está levantada con fuerte mampostería de piedra trabada con arcilla rojiza, formando dos paramentos con *emplecton*, en el que las piedras de fachada, a menudo de buen tamaño y tendente a cierta regularidad, adoptan forma de cuña para trabar bien con la masa de relleno, compuesta de tierra y piedras menudas. Todo fue profundamente modificado en una fase posterior de remodelación de la muralla que es la que más interesa a nuestros propósitos de ahora.

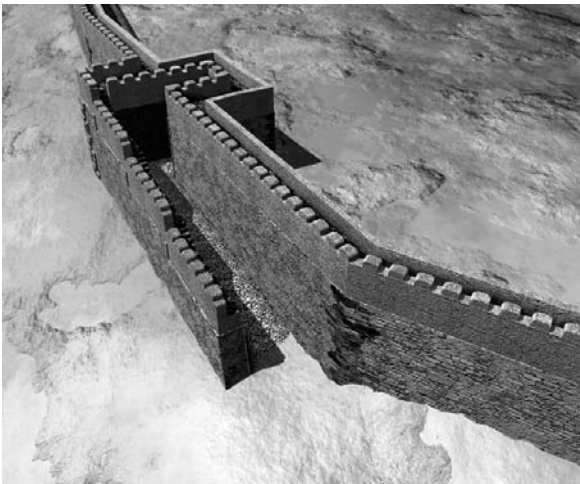


Fig. 12.- Reconstrucción hipotética de la entrada en rampa y la puerta de acceso de la muralla de Carteia.

En efecto, a fines del siglo III, en el marco cronológico y político de la actuación de los Barca, la muralla se remodeló según un proyecto arquitectónico de gran monumentalidad. Se documenta una potente estructura constructiva que es parte de una muralla de casamatas, de la que el sector más ampliamente descubierto corresponde a una de las puertas, con acceso en forma de un largo y amplio paso, de muros convergentes hacia el interior. Esta recia construcción se apoya en la muralla anterior, en su trazado, con la incorporación directa del lienzo principal de la antigua muralla a la nueva estructura, ampliada ahora y reforzada con las citadas casamatas, que ampliaban tanto la envergadura como la funcionalidad del aparato defensivo.

Buena parte del esfuerzo constructivo de esta segunda fase, en el sector explorado, estuvo dirigido a la obtención de un acceso de gran monumentalidad, apropiado para una buena defensa y, al tiempo, expresión de dignidad y de poder por el eficaz lenguaje de la arquitectura, de las fábricas de calidad (la lectura arqueológica última, en Roldán *et alii*, 2004, 199-207).

Son una buena prueba los hermosos y sólidos muros que determinan el amplio paso abocinado perpendicular al trazado de la muralla (fig. 10). Los paramentos de fachada son fábricas de sillares cuidadosamente labrados en piedra arenisca amarillenta, de varios tonos, en una característica disposición pseudoisódoma, perfectamente trabados, con engatillados y piezas de complemento primorosamente talladas, y un característico y ligero almohadillado, idéntico al de los muros de presunta época bárquida de Doña Blanca y frecuentes en ambientes púnico-helenísticos. Los carteienses muestran una característica conforma-



Fig. 13.- Reconstrucción hipotética del aspecto que debía ofrecer desde el exterior la muralla de Carteia, en el sector analizado de acceso en rampa.

ción de sillares en cuña, para quedar bien trabados con el núcleo del muro, aunque en la cara externa aparecen con forma regular y juntas perfectamente ajustadas. Esta estructura aparece muy arrasada, por los fenómenos de erosión en ladera y porque fue desmontada en la Antigüedad misma para usar los materiales en la siguiente etapa importante de remodelación de la ciudad, la correspondiente a época romana republicana. Sin entrar aquí en todos los pormenores arqueológicos, está bien documentado que la muralla fue desmontada en la segunda mitad del siglo II a.C. en el marco de una profunda remodelación urbanística y arquitectónica, uno de cuyos aspectos significativos fue la construcción de un gran templo en la parte más alta de la ciudad, no lejos de la muralla y la puerta que comentamos. Prácticamente todo el podio del mismo fue realizado con sillares arrancados de la muralla, de cuya naturaleza y formato se obtienen también importantes datos para la reconstrucción de cómo hubo de ser originariamente aquella.

Quedan, por otra parte, restos de los adobes con que, a partir de una altura no determinable, se completaba el alzado de la muralla, una fórmula constructiva constatada igualmente en la muralla de Cartagena y en muchos otros centros púnicos o griegos (Gela, Kerkuan, etc.). Debieron quedar trabados mediante estructuras de madera, como en tantos otros casos. Muchos de ellos quedaron en el relleno entre los muros del acceso cuando, desmontado el alzado de la muralla púnica, incluida buena parte de los zócalos de sillares, se terraplenó el sector del antiguo acceso para realizar nuevas construcciones, que debieron convertir este paso en una especie de callejón sin salida.



Fig. 14.- Aspecto de la muralla del Tossal de Manises (Alicante).

Volviendo a la muralla púnica, a un lado y otro del acceso, por el interior de la muralla se han documentado estructuras de casamatas adosadas a la antigua muralla, construidas con recios muros de 70-80 cm. de espesor, realizados en mampostería de piezas bastante regulares y bien ajustadas con ripios. El muro de cierre de las casamatas, situado por el interior a 2'70 metros de la muralla, suma una anchura total a la estructura defensiva originaria de unos 3'5 m., obteniéndose, por tanto, una envergadura total de 6'5 m. Los muros transversales de las casamatas, en lo documentado, se sitúan a distancias que oscilan entre los 2'90 y los 3'70 m. Se accedía al interior de las casamatas por un estrecho vano abierto sin norma estricta en el paño interior de las mismas. Por la reciedumbre de los muros y lo que sugieren otros casos, no sería imposible que estuvieran dispuestas en, al menos, dos pisos.

Para la cronología propuesta de finales del siglo III a.C., proporcionó indicios importantes la detección de la fosa de cimentación del gran muro que cierra el lado derecho del acceso: el relleno de la estrecha trinchera que quedó tras la ubicación de los cimientos aportó cerámicas tipo Kouass y una moneda ibicenca acuñada hacia el 330-320 según las últimas estimaciones, lo que sumado a otras unidades estratigráficas posteriores y a contextos que no es el caso detallar ahora, permiten proponer una fecha situable en el marco cronológico de la acción de los Barca en la Península, quizá en los últimos años de su dominio.

A partir de los vestigios in situ, de la topografía y la disposición de las estructuras conservadas y de los elementos de la muralla desplazados a otros lugares (son significativos, por ejemplo, grandes sillares de esquina -fig. 11- con almoha-



Fig. 15.- Cisterna "a bagnarola" de Tossal de Manises.

dillado, aparecidos en el podio del templo) hemos tratado de recomponer la estructura del acceso, sin ir más allá de lo que puede colegirse de una cuidadosa observación de los detalles y de las evidencias disponibles.

Una primera aproximación a lo que podía ser la estructura de la muralla y de la entrada, anotada en un croquis de campo dado a conocer en el primer libro de *Carteia* (Roldán *et alii*, 1998, fig. 165), reconstruía la entrada a la manera de un paso, abocinado como se dijo, flanqueado al interior y al exterior por cuerpos o torres salientes. Una observación más detenida de los restos y de la topografía obliga a proponer una solución distinta, ahora con mejores fundamentos. Es fundamental el hecho de que el suelo de acceso, del que pudo constatarse un buen tramo de notable horizontalidad, se proyecta al exterior hasta quedar, respecto del abrupto desnivel topográfico que contornea la muralla por el sector estudiado, a un nivel muy alto, de modo que la única manera de reconstruir el trazado del acceso es suponer una rampa adosada a la muralla, que por otra parte se ha perpetuado en el camino habitual de acceso a la zona cuando se instaló el cortijo del Rocardillo y es aún el camino de acceso actual a este sector de la ruina. Esta forma de acceso en codo explica mejor la forma abocinada del tramo final, que facilitaría, con un ensanchamiento en la zona distal de la puerta, el giro de los carros y, en conjunto, la circulación por el lugar (un acceso igualmente abocinado y con recorrido en codo se documenta también en Kerkuan, en la Puerta de Poniente -Porte du Couchant-, aunque el dispositivo no sea exactamente el mismo. Cf.: M. Fantar, 1986, p. 242, fig. 119).

Es de suponer, por otra parte, que la rampa estuviera igualmente protegida y que a alguno de

sus tramos, sobre todo al ángulo exterior de su acodamiento, pudieron corresponder los enormes sillares almohadillados llevados al templo, de módulo muy superior a los sillares de los paramentos interiores el paso mismo.

En cuanto a la puerta misma, bastantes indicios, como la terminación de los muros hacia el interior sin acodamiento alguno para determinar el vano, y los resaltes dejados en las fábricas de sillares a la manera de bancos poco salientes a un lado y otro del paso, obligan a pensar en una gran armadura de madera, como se constata en otros asentamientos del mismo ambiente cultural (por ejemplo en Tossal de Manises, Alicante). Fuertes maderos apoyados en los citados bancos, al resguardo así de la humedad, servirían de jambas para el gran portón y de apoyo al gran dintel de cierre y a toda la estructura superior de cubierta que permitiría construir arriba, entre otras cosas, el paso de guardia.

En la reconstrucción hemos supuesto una terminación de la muralla con merlones curvilíneos, aunque no existen testimonios que lo corroboren. Todo lo demás, incluida la prudencia en la inclusión de aparejos monumentales más allá de las esquinas y otros lugares, se ha hecho con un riguroso ateniimiento a las evidencias disponibles (fig. 12 y 13).

En el ámbito del valle del Guadalquivir cabe hacer una mención a la ya citada ciudad de Carmona (Bendala, 2001). Pese a los problemas que dificultan la estabilidad de la tesis que defiende el carácter púnico-bárquida de la primera etapa constructiva de la Puerta de Sevilla, ninguna de las demás hipótesis hasta ahora esgrimidas nos parece más convincente. En todo caso, la comentamos aquí a título de mero recordatorio de una cuestión que puede en el futuro quedar definitivamente zanjada con una nueva investigación que incluya nuevas exploraciones arqueológicas. Me apresuro a decir que, por lo demás, la propuesta se sostiene cada vez mejor, en el cuadro de una expansión de fortalezas púnico-helenísticas en Hispania que hacen hoy mucho más plausible lo dicho hace treinta años.

Un notable progreso en el conocimiento de la realidad arqueológica e histórica de *Carmo*, permite trazar con nuevas posibilidades la evolución del asentamiento en su privilegiado enclave del Alcor, un punto estratégico principal del bajo valle del Guadalquivir. Aparte de la importancia de los sustratos más viejos, en los que se inicia su historia ciudadana vinculada al Bronce Final Tartésico, tiene especial relevancia para lo que nos ocupa la constatación de una directa presencia de fenicios desde tiempos antiguos, para lo

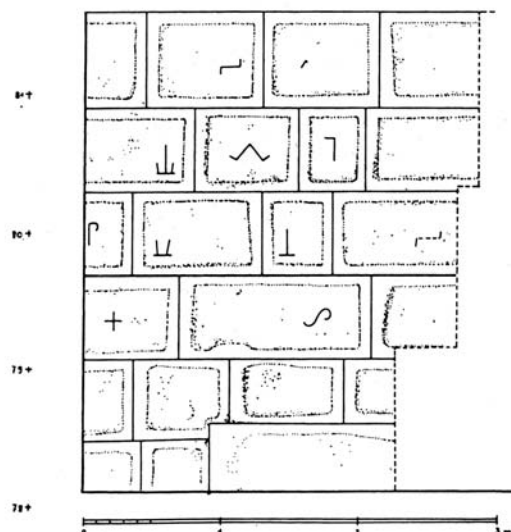


Fig. 16.- Dibujo del paramento de sillares almohadillados del Palacio Arzobispal de Tarragona (según T. Hauschild).

que ha sido muy revelador el descubrimiento y el estudio de lo que parece un templo fenicio en el solar de la casa-palacio del Marqués de Saltillo, en el sector norte de la ciudad, donde se situaría tiempo después el barrio de la judería (Belén *et alii*, 1997).

Esta vieja presencia fenicia proporciona un poderoso argumento para valorar el peso de la tradición púnica en manifestaciones culturales de la ciudad que se adentran en la época romana, por ejemplo en la famosa necrópolis de época romana, para que sigue resultando válida su caracterización como verdadera necrópolis neopúnica propuesta hace años (Bendala, 1976). El papel de *Carmo* en la Segunda Guerra Púnica y su participación en la revuelta del 197 a.C. contra Roma de claro signo púnico (participaron *Malaka*, *Sexi*, *Carmo*, *Bardo* y ciudades de la Beturia), arrojan históricamente la lectura arqueológica del bastión o torre central de la Puerta de Sevilla.

En centros de la misma región desde Niebla (*Ilipla*), en la provincia de Huelva, a la fortaleza documentada por Didierjean con fotografía aérea en el Cortijo de Santa Teresa (cf. Morel, 1996, 545), cerca de Osuna (Sevilla), podríamos contrastar datos relativos al tipo y la época de las fortificaciones que nos ocupan. En Niebla, por ejemplo, donde algunos restos de las murallas antiguas son de tipología púnica (Morel, 1996, 201) y tal vez atribuibles a su acción o su directa influencia, los estudios arqueológicos últimos parecen ratificar la proyección de la estrategia de control territorial a la ciudad y su zona en general (véase, últimamente, Campos y Gómez, 2001,

114-134). Los datos sobre la muralla son todavía limitados o problemáticos y no voy a hacer mayor referencia a ellos.

Nos parece ahora más interesante llamar la atención a centros y amurallamientos de otros territorios hispanos que alumbran nuevas y sorprendentes vertientes de la acción púnica y Barca en este terreno. Nos referimos a la costa mediterránea del levante peninsular. Aquí, la investigación reciente demuestra una notable incidencia de lo feniciopúnico en la determinación de lo que consideramos sustrato cultural ibérico, con su rica y compleja variedad. El asentamiento de La Rábida/La Fonteta en Guardamar del Segura, la presencia de rasgos culturales de raigambre feniciopúnica en Peña Negra de Crevillente (Orihuela, Alicante), El Oral (San Fulgencio, Alicante), Tossal de San Miquel (Lliria, Valencia), etc., acreditan una importante vinculación de la zona a la órbita cultural púnica (una aproximación global a la cuestión, en Bendala, 2003).

Es en este marco en el que cabe situar de mejor manera las conclusiones derivadas del reestudio arqueológico de un centro principal en el litoral alicantino: el asentamiento del Tossal de Manises, que en tiempos romanos sería la ciudad de *Lucentum*. Según ellas, la ciudad tendría una etapa ibérica sólo documentada con materiales sueltos, sin contexto arquitectónico y urbanístico documentado, datable en los siglos IV y buena parte del III a.C.; a continuación, a fines del siglo III a.C., antes de la conquista romana, se procedió a la verdadera creación de la ciudad, en un momento en que recibe su forma urbanística definitiva, mantenida en lo esencial en un segundo momento de renovación bajo el dominio de Roma (Olcina y Pérez Jiménez, 1998, 38-40). En opinión de sus investigadores, todo apunta a “una intervención directa o de muy marcada influencia cartaginesa de época bárquida” (Eadem, 2003, 93).

Un aspecto principal de la primera ciudad del Tossal fue la construcción de una sólida muralla (fig. 14) en la que se percibe claramente la aplicación de patrones helenísticos de fuerte matriz púnica (Olcina y Pérez Jiménez, 1998, 54 ss.), que los romanos después se limitarían a reforzar. La cerca delimita un centro urbano de tres hectáreas, que en la parte mejor documentada, en el sector este, se conforma como una muralla jalónada de grandes torres, huecas en el lado oriental (las numeradas como Va, VI, VIII y IX) y con base maciza en el suroeste (torre II), precedidas en algunos tramos por un gran antemural situado a 10 m. de distancia. Las torres están dimensionadas para alojar artillería tipo *ballista*, al menos

en un piso intermedio, y en dos de las últimamente excavadas se documenta una compartimentación en tres estancias. El complejo defensivo está dotado de estancias e instalaciones hidráulicas de tipología claramente púnica, como las cisternas “a bagnarola” (fig. 15) situadas junto a las torres VI y VIII, alimentadas con el agua recogida en la terraza de las torres, desde donde eran llevadas a las cisternas por tubos de cerámica, todo ello bien documentado en yacimientos púnicos.

La ciudad fue destruida a fines del siglo III o comienzos del II a.C., muy probablemente, como es de suponer, por el desarrollo de la guerra púnico-romana. Habría que explicar su existencia en el marco de una estrategia territorial de largo alcance, que procuraba el control de la importante ruta costera del Mediterráneo, con puntos de apoyo en centros como este de Tossal, en relación con Ibiza y, ya en la costa, con el principal de Kart Hadast. Es obvio que la indicada caracterización del Tossal de Manises hace recobrar la vieja hipótesis que la identificaba con Akra Leuké. No pretendemos entrar en ello. Sí subrayar que la presencia bárquida va adquiriendo una nueva consistencia, con el desarrollo de una estrategia de control militar perfectamente esperable como consecuencia de los parámetros en que se desenvolvía su proyecto político.

Que quedara interrumpido con su derrota no significa que fuera planteado con los cortos vuelos temporales que pudieron alcanzar. El proyecto era consolidar una sólida estructura territorial, con fuerte vertiente en su dimensión militar, extendida además por toda la Hispania civilizada. En la elección de determinados centros y en la modalidad de su configuración como plaza fuerte, se advierten patrones de actuación que incorporan rasgos de prestigio a tono con la ideología propia de los príncipes helenísticos. Su caracterización como líderes guerreros, encarnación del mismo tipo de *virtus* que inmortalizó a Alejandro y siguieron cuantos después lo imitaron, tenía una de sus proyecciones en la posesión y la construcción de centros de poder y de prestigio que como tales se manifestaban a través de sus complejas arquitecturas defensivas y de la nobleza y contundencia de sus fábricas.

En esta línea habría que interpretar el conjunto de construcciones comentadas, que con una variedad considerable, como es habitual en el mundo helenístico-púnico (y helenístico en general), obedecen, sin embargo, a patrones compartidos en la concepción de las estructuras defensivas, tan funcionales y adaptadas a los progresos de la poliorcética, como eficaces pregoneras de la nobleza, la *areté* sobrehumana de sus príncipes o reyes.

Los Barca actuaron en la Península con los parámetros indicados, propios de los príncipes helenísticos, y con una proyección en la arquitectura militar y defensiva cada vez mejor documentada y valorada. Desde esa nueva perspectiva nos atrevemos a terminar con una hipótesis más, adelantada ya en otros foros (Bendala, 2002, en prensa), en relación con la planificación de su estructura militar en Hispania y más particularmente con los efectos en la costa mediterránea. No hace falta recordar que buena parte del proyecto político y militar de los Barca, asumido y llevado a la práctica finalmente por Aníbal, era robustecer sus dominios en Hispania para convertirla en plataforma de un ataque por tierra a Roma que esperaban podía ser definitivo. Desde la base principal de Cartagena, la lógica proyección hacia el norte de sus puntos de apoyo que parece demostrar el asentamiento de Tossal de Manises, puede encontrar un nuevo núcleo en la misma Tàrraco.

Hace algún tiempo –en diciembre del 2000–, con motivo de una visita de trabajo a Tarragona, llamó el Dr. Hauschild la atención de uno de nosotros a los restos de un muro de grandes sillares almohadillados descubierto en los años cincuenta en las dependencias del Palacio Arzobispal (fig. 16). Él mismo lo publicó sumariamente en un libro misceláneo de 1993 (Hauschild, 1993) y después no ha sido tratado ni considerado, hasta donde llegan nuestras noticias.

Es un muro similar a los de sillares de la segunda etapa de la muralla de Tarragona, pero que no pertenece a la misma estructura, y presenta diferencias con ella en bastantes detalles: el tipo de piedra (una arenisca más dura en el muro del Palacio Arzobispal), el tratamiento de los almohadillados (menos acusado en las fábricas del muro que nos ocupa), o las marcas de cantero, en la misma línea pero diferentes también. Se trata aquí de signos de gran tamaño, incisos en la cara externa de los almohadillados, en los que parecen reconocerse posibles letras griegas (π , ρ , entre otras posibles).

Cualquiera que se haya aproximado al estudio de las marcas de cantero conoce bien la dificultad de atribuirles significado y referentes alfabéticos o

de otro carácter, aunque en muchos casos se reconoce la utilización de signos tanto distintos de los alfabéticos de la tradición que sea, como cercanos o identificables con ellos en el elenco de una determinada manifestación. En el muro del Palacio Arzobispal se dispone de una muestra limitada (nueve signos), aunque sorprenden el número y la diversidad (sólo uno se repite en dos ocasiones) dado lo limitado del tramo conocido. Parecen corresponder a una familia de signos distinta de la presente en la muralla tarraconense más conocida, cuyos rasgos hicieron pensar en un problemático parentesco con letras ibéricas³, aceptado por unos, discutido por otros (Balil, 1983), y todo ello pese algunas similitudes formales.

Por todo ello, en función de la problemática que ahora nos ocupa, podía pensarse en la posibilidad de encontrar alguna hipótesis desde la que explicar la presencia del muro del Palacio sin tener necesariamente que asociarlo a la gran muralla romana, con la que no cabe en principio asociarla por posición y características⁴.

Y remirando los textos que hacen referencia a la antigua Tàrraco, es posible contemplarlos de otra manera en función del panorama general de las estructuras defensivas atribuibles a los Barca y de los rasgos mismos del muro. Los datos y los acontecimientos concernientes a Tarraco y su entorno, en el momento del choque entre cartagineses y romanos en el 218 a.C, están fundamentalmente contenidos en las historias de Polibio y Livio. Ambos, en relación con Tarraco, resultan coincidentes en lo fundamental, aunque nos acogeremos al relato más pormenorizado de Livio.

Según él, Cn. Cornelio Escisión desembarcó en Ampurias y, tras varios pasos, luchó con Hannón a la altura de Tarragona. Lo que ahora interesa subrayar es que para esa ocasión comenta la existencia de un importante campamento cartaginés en las inmediaciones de *Cesse*, del que obtuvo un riquísimo botín, un hecho que contrasta con la pobreza “bárbara” de *Cesse*.

Dice el texto (Livio, 21,60):

“Hannonis cis Hiberum provincia erat; eum reliquerat Hannibal ad regiones eius praesidium”...; y más adelante, comentando los resultados del

³ Las marcas no coinciden, y dado el número de las constatadas es una diferenciación significativa. A este efecto, es, por ejemplo, de destacar la ausencia de signos tan repetidos y característicos de la muralla romana republicana como los equiparables a los signos ibéricos i y q.

⁴ Se halla fuera de la línea de la conocida muralla romana republicana, unos diez metros más al interior de la

cerca, y en dirección perpendicular a la misma, según datos aportados por Hauschild, comprobados en una directa observación personal, y más detenidamente constatados en un examen en el lugar por Joaquín Ruíz de Arbuló, a quien agradecemos su gentil colaboración, así como el enriquecedor diálogo sobre la cuestión mantenido con él dentro y fuera de las sesiones del coloquio celebrado en Madrid.

combate: “*Sex milia hostium caesa, duo capta cum praesidio castrorum; nam et castra expugnata sunt, atque ipse dux cum aliquot principibus capiuntur, et Cissis, propincum castris oppidum, expugnatur*”. *Ceterum praeda oppidi parvi preti rerum fuit, suppellex barbarica ac vilium mancipiorum; castra militem ditavere non eius modo exercitus, qui victus erat, sed et eius, qui cum Hannibale in Italia militabat, omnibus fere caris rebus, ne gravia impedimenta ferentibus essent, citra Pyrenaeum relictis*”.

Livio esta aludiendo, en suma, a un importante campamento al mando de Hannón en las inmediaciones del *oppidum* de *Cesse* (“*propincum castris oppidum*”). Por el número de sus ocupantes, la importancia de sus jefes, la riqueza de su bagaje, parece un centro notable, base, además, del control cartaginés de la zona al norte del Ebro que quedaba como retaguardia de la campaña transalpina de Aníbal, y donde el ejército cartaginés, como el texto subraya, dejó a recaudo toda la impedimenta que no parecía oportuno trasladar en la atrevida expedición militar contra Roma.

La configuración de los núcleos preexistentes a la ciudad romana de *Tárraco* ha dado lugar a una larga reflexión, basada mucho tiempo en lo poco que se sabía de la arqueología del lugar, en las emisiones monetales y, fundamentalmente, en la tradición literaria, bastante confusa, sobre todo en lo que hace a la identificación de los diferentes topónimos relacionados con *Tárraco*, fundamentalmente *Cesse* y el mismo de *Tárraco* y su valor referencial⁵.

La arqueología de los últimos años ha dado un buen paso al identificar un amplio *oppidum* indígena en la parte baja de Tarragona, existente al menos desde el siglo V a.C., con gran desarrollo en los siglos IV y III a.C., y con una clara vocación portuaria y comercial. Su identificación con la *Cesse* de las fuentes, emisora de las monedas con ese nombre y centro principal de los cesetanos parece bastante firme, pese a algunas indicaciones de las fuentes literarias que sugieren un situación algo al interior. En el estado actual de los conocimientos se acepta que en ella está el origen de *Tárraco* (con una duplicación del nombre en función de las diferentes tradiciones literarias), ciudad potenciada por Roma a partir del establecimiento por su parte de un gran asentamiento fuertemente amurallado en la parte alta, que con el tiempo se unificaría con la ciudad baja, prevaleciendo el nombre de *Tárraco* sobre

el indígena de *Cesse*. Un proceso similar se habría dado también en *Emporion/Emporiae*.

Sin embargo, la cuestión no queda con ese esquema bien resuelta y no faltan investigadores que consideran más acertado entender que las noticias referidas a los tiempos inmediatamente anteriores a la conquista romana aludirían también a dos núcleos diferenciados. Creo que nunca se ha pensado en la posibilidad de que, siguiendo al pie de la letra las indicaciones de Livio, en las inmediaciones de *Cesse* hubieran instalado, en efecto, los cartagineses un campamento -unos *castra*-, al que pudiera pertenecer el vestigio de muro conservado en el Palacio Arzobispal, siguiendo pautas constructivas que ahora podemos contemplar como normales en el marco de la arquitectura militar propia de los Barca.

Esta posibilidad resolvería muchos problemas de interpretación de las fuentes acerca de la dualidad de topónimos, y explicaría mejor, entre otras cosas, el hecho atestiguado acerca de la acuñación en *Tárraco* de monedas bronce con metrología púnica y la leyenda ibérica *Kesse*, seguramente antes del desembarco romano del 218, así como su genérica adscripción al patrón cartaginés de bronce, frente al de plata de la órbita emporitana (García-Bellido y Ripollés, 1998, 208). Su situación en altura, distinta y distante de la ciudad baja y portuaria de *Kesse*, podría explicar, además, el que Estrabón, en el contexto de una reflexión erudita en la que maneja datos de Eratóstenes y Artemidoro, sostenga que *Tárraco* no tenía puerto (III, 4, 7).

El topónimo *Tárraco*, conocido por la tradición literaria griega y latina⁶, se ha asociado a otros con raíz *tar(r)*- frecuentes en el Mediterráneo para aludir a hidrónimos, puertos y acantilados. Topográficamente se aviene bien con *Tárraco*, y, pese a la obvia tradición griega y latina de la que disponemos para el topónimo, pertenece a un grupo también representado en el ámbito púnico (como en el asentamiento sardo de Tharros). De modo que el nombre tal vez corresponda al asentamiento cartaginés, que pudo instalarse en la vecindad de *Cesse* a título de comunidad aliada, acogiendo a su territorio y a su jurisdicción (como un “*conventus civium punicorum*”), como harán después los romanos, que vivirán como asentamiento militar en una ciudad peregrina hasta que en tiempos de César, con ocasión de una *deductio* de veteranos, se otorgue

⁵ Véase últimamente, con la literatura anterior, el buen estudio de Otiña y Ruíz de Arbulo, 2000.

⁶ Sobre el posible origen ibérico, vid.: G. Alföldy, 1978 y 1991, 17-18 y *passim*.

a la ciudad el estatuto colonial romano (Ruíz de Arbulo, 2002). En esto ha de estribar que, en general, las acuñaciones monetales republicanas se hagan bajo el nombre de *Cesse*.

El muro de sillares almohadillados del Palacio Arzobispal puede apoyar la hipótesis en la medida en que resulta perfectamente adjudicable a la tradición edilicia helenística, de la que participaron tanto púnicos como romanos. Las marcas con letras que parecen griegas hacen recordar que, del mismo modo que se documentan en la célebre muralla republicana de Roma (los muros "servianos"), se encuentran a menudo en contextos no griegos, sean púnicos (muy abundantes: Eryx, Lilibeo, Palermo, Cartago) o etruscos (Tarquinia, Vulci), como ha señalado H. Tréziny (1986, 196).

La diferenciación del lienzo de muralla del Palacio Arzobispal respecto de la muralla romana, situada en el contexto que se acaba de describir, permite sostener a título de hipótesis su pertenencia a una fortaleza púnica, que se habría adelantado a Roma en la fórmula de situar un núcleo de control propio en el territorio de una comunidad peregrina, formando comunidades dobles que podrían terminar fundiéndose⁷.

Quizá la creación por Roma de una fortaleza propia sobre las ruinas de la púnica, construida en la misma línea de matriz helenístico con una nueva y poderosa monumentalidad, explique también el subrayado de ser una creación de Escipión, una fortaleza que reemplazaba a la anterior como centro de poder y signo de prestigio, equiparable a la capital de los cartagineses en Hispania: *Scipionum opus sicut Carthago poenorum* (Plinio, *NH*, 3,21).

Puede venir al caso recordar también el texto de "Virgilio, ¿orador o poeta?", atribuido a Annio Floro, en el que las descripciones del viajero protagonista del relato deben de corresponder a *Tárraco*. Le atribuye una singular nobleza por su título de triunfal y la posesión de los venerados estandartes de César, pero a ello se unía una nobleza de origen extranjero ("*peregrina nobilitas*") que se comprobaba en sus viejos templos, en los que se adoraba "al ladrón encornado que raptó a la virgen de Tiro", una alusión al conocido tema del "rapto de Europa". Independientemente de que pudiera pensarse en una relación con la tradición propia de *Kesse*, esa *nobilitas* pudo tener su raíz en la base púnica, cuyos dio-

ses tutelares bien pudieron tener su hueco en el paisaje religioso de la definitiva *Tárraco* romana por una continuidad muchas veces comprobada (por ejemplo en la citada *Carteia*) y por el contrastado afán romano de salvaguardarse de la ira de los dioses de sus poderosos rivales. Sin ir aquí más allá, puede recordarse la relación con el toro de Baal Hammón, el dios principal de los cartagineses, o con otros dioses del panteón fenicio-púnico, y la asociación que se ha propuesto de la divinidad cornuda de *Tárraco* con Júpiter Ammón, muy venerado en África romana (cf.: Ruíz de Arbulo, 2002, 139); pero, sobre todo, la significativa presencia del tema del "rapto de Europa por el toro" en acuñaciones monetales con fuerte presencia del factor púnico como algunas de Cástulo (García-Bellido y Blázquez, 2001, vol. II, p. 232). Parece admitida la lectura como Astarté de esta Europa con el toro, por una asociación que parece basada en las representaciones del tema en el templo mismo de Astarté de Sidón, y su difusión en monedas de la misma ciudad (López Monteagudo y San Nicolás, 1996).

En cualquier caso, lo comentado a propósito de *Tárraco* y del muro del Palacio Arzobispal no es sino una hipótesis que habrá que contrastar con más reposo, pero que ha servido para cerrar nuestras consideraciones acerca de la proyección a Hispania, por obra de los Barca, de una ambiciosa estrategia territorial, basada en la potenciación de centros robustecidos real y aparentalmente según los modelos de la arquitectura defensiva helenística, en un programa que quedó interrumpido por su derrota, pero que nacía con el propósito de ser el soporte de un dominio territorial indefinido. Su ambiciosa estrategia, paradójicamente, correría en beneficio de su enemigo, que pudo limitarse esencialmente, en una primera etapa fundamental de su dominio, a explotar las realidades y las previsiones de sus contrincantes, coincidentes en buena medida con las suyas.

BIBLIOGRAFÍA

- ALFARO ASÍNS, C. Y MARCOS ALONSO, C., 1994: "Tesorillo de moneda cartaginesa hallado en la Torre de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz)", *AEspA* 67, 229-244.
- ALFÖLDY, G., 1978: "Tárraco", *RE*, Suppl. XV., 1978, 570-644.

⁷ Para la discusión acerca de las comunidades o los núcleos dobles y, en relación con ello, el significado último del apelativo gemella que algunas ciudades

incorporan a su denominación oficial, puede verse últimamente la reflexión contenida en: Bendala, 2000-2001, 423 ss.

- ALFÖLDY, G., 1991: "Tárraco", *Forum, temes d'història i d'arqueologia tarragonines*, 8.
- BALIL, A., 1987: "Segni di scalpellino sulle mura romane di Tarragona", *Epigraphica*, 45, pp. 231-236.
- BELÉN, M., ANGLADA, R., ESCACENA, J.L., JIMÉNEZ, A., LINEROS, R. Y RODRÍGUEZ, I., 1997: *Arqueología en Carmona (Sevilla). Excavaciones en la Casa-Palacio del Marqués de Saltillo*, Sevilla.
- BENDALA, M., 1987: "Los cartagineses en España", *Historia General de España y América* I.2, Madrid, 115-170.
- BENDALA, M., 1990: "El plan urbanístico de Augusto en Hispania: precedentes y pautas macroterritoriales", en W. Trillmich y P. Zanker, eds., *Stadt und Ideologie. Die Monumentalisierung hispanischer Städte zwischen Republik und Kaiserzeit*, München, 25-42.
- BENDALA, M., 1994: "El influjo cartaginés en el interior de Andalucía", *Cartago, Gadir, Ebusus y la influencia púnica en los territorios hispanos, VIII Jornadas de Arqueología fenicio-púnica* (Ibiza, 1993), Ibiza, pp. 59-74.
- BENDALA, M., 2000: "Panorama arqueológico de la Hispania púnica a partir de la época bárquida", en M^a.P. García-Bellido y L. Callegarin, ed., *Los cartagineses y la monetización del Mediterráneo Occidental, Anejos de AEspA XXII*, Madrid, pp. 75-88.
- BENDALA, M., 2000-2001: "Estructura urbana y modelos urbanísticos en la Hispania antigua: continuidad y renovación con la conquista romana", *Zephyrus* 53-54, pp. 413-432.
- BENDALA, M., 2001: "La Carmona bárquida", en A. Caballos, ed., 2001, pp. 37-51.
- BENDALA, M. 2002 (e.p.): "La Contestania ibérica y el mundo púnico", en *La Contestania ibérica, treinta años después*, Alicante.
- BENDALA, M., 2003: "La influencia feniciopúnica en Alicante y su ámbito geográfico y cultural", *Canelobre*, 48, *Las ciudades y los campos de Alicante en época romana* (J.M. Abascal y L. Abad, eds.), Alicante, pp. 21-34.
- BENDALA, M. y CORZO, R., 1992: "Etnografía de la Andalucía Occidental", en M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero, ed., *Paleoetnología de la Península Ibérica, Complutum* 2-3, 1992, pp. 89-99.
- BENDALA, M., ROLDÁN, L., BLÁNQUEZ, J. y MARTÍNEZ LILLO, S., 1994: "Proyecto Carteia: primeros resultados", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid (CuPAUAM)* 21, pp. 81-116 (ed. en 1996).
- CABALLOS RUFINO, A., ed., 2001: *Carmona romana*, Carmona.
- CAMPOS CARRASCO, J. Y GÓMEZ TOSCANO, F., 2001: *La Tierra Llana de Huelva: arqueología y evolución del paisaje*, Sevilla.
- FANTAR, M., 1986: "Fortification punique: les murailles de Kerkouanne", en P. Leriche y H. Tréziny, ed., *La fortification dans l'histoire du monde grec* (Valbonne, 1982), París, pp. 241-250.
- GARCÍA Y BELLIDO, A., 1952: "Colonización púnica", *Historia de España* de R. M.-P., vol. I.2, Madrid, 309-492.
- GARCÍA-BELLIDO, M^a.P. Y RIPOLLÉS, P.P., 1998: "La moneda ibérica: prestigio y espacio económico de los iberos", en C. Aranegui et alii (ed.), *Los iberos, Príncipes de Occidente*, Barcelona, pp. 205-215.
- GARCÍA-BELLIDO, M^a.P. Y BLÁZQUEZ, C., 2001: *Diccionario de cecas y pueblos hispánicos*, Madrid.
- HAUSCHILD, T., 1993: "Apuntes sobre un muro de sillares en el Palacio Arzobispal de Tarragona", en R. Mar ed., *Els monuments provincials de Tàrraco*, Tarragona, pp. 19-24.
- JIMÉNEZ, A., 1989: *La Puerta de Sevilla en Carmona*, Sevilla.
- LÓPEZ MONTEAGUDO, G. Y SAN NICOLÁS, P., 1996: "Astarté-Europa en la Península Ibérica. Un ejemplo de 'interpretatio' romana", en M^a.A. Querol y T. Chapa, ed., *Homenaje al Profesor Manuel Fernández Miranda (Complutum Extra)*, 6, I, Madrid, pp. 451-470.
- MORET, P., 1996: *Les fortifications ibériques, de la fin de l'Âge du Bronze à la conquête romaine*, Madrid.
- MARTÍN CAMINO, M., 1994: "Carthago Nova", en A. Rodero y M. Barril, ed., *Leyenda y arqueología de las ciudades prerromanas de la Península Ibérica*, vol. I., Madrid, 1994, pp. 45-59.
- MARTÍN CAMINO, M. Y ROLDÁN BERNAL, B., 1992: "Aspectos arqueológicos y urbanísticos de la Cartagena púnica", *Historia de Cartagena*, vol. IV, Cartagena, 107-149.
- OLCINA DOMÉNECH, M. Y PÉREZ JIMÉNEZ, R., 1998: *La ciudad ibero-romana de Lucentum (El Tossal de Manises, Alicante)*, Alicante.
- OLCINA DOMÉNECH, M. Y PÉREZ JIMÉNEZ, R., 2003: "Lucentum: la ciudad y su entorno", *Canelobre*, 48 (Las ciudades y los campos de Alicante en época romana), J.M. Abascal y L. Abad, coord., Alicante, pp. 91-119.
- OTIÑA, P. Y RUIZ DE ARBULO, J., 2000: "De Cese a Tárraco. Evidencias y reflexiones sobre la Tarragona ibérica y el proceso de romanización",

- Empúries*, 52, pp. 107-136.
- ROLDÁN, L., BENDALA, M., BLÁNQUEZ, J. y MARTÍNEZ LILLO, S., 1998: *Carteia*, Madrid.
- ROLDÁN, L., BENDALA, M., BLÁNQUEZ, J., MARTÍNEZ LILLO, S y BERNAL, D., 2004: *Carteia II*, Madrid.
- ROS SALA, M^a.M., 1989: *La pervivencia del elemento indígena: la cerámica ibérica (La ciudad romana de Carthago Nova: fuentes y materiales para su estudio, núm. 1)*, Murcia.
- RUIZ DE ARBULO, J., 2002: "La fundación de la colonia Tàrraco y los estandartes de César", en J.L. Jiménez Salvador y A. Ribera (coord.), *Valencia y las primeras ciudades romanas de Hispania*, Valencia, pp. 137-156.
- RUIZ MATA, D., 1999: "La fundación de Gadir y el Castillo de Doña Blanca: contrastaciones textual y arqueológica", *Complutum*, 10, pp. 279-317.
- RUIZ MATA, D., 2001: "Arquitectura y urbanismo en la ciudad protohistórica del Castillo de Doña Blanca", en D. Ruíz Mata y S. Celestino, ed. *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica*, Madrid, pp. 261-274.
- RUIZ MATA, D. y PÉREZ, C.J., 1995: *El poblado fenicio del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz)*, El Puerto de Santa María, 1995.
- TRÉZINY, H., 1986: "Les techniques grecques de fortification et leur diffusion à la périphérie du monde grec d'occident", en P. Leriche y H. Tréziny (ed.), *La fortification dans l'histoire du monde grec* (Valbonne, 1982), París, pp. 185-200.
- TUSA, V., 1988: "Sicilia", *Los fenicios*, Dir. S. Moscati, Milán, 186-203.
- ULREICH, H., NEGRETE, M.A.; PUCH, E. y PERDIGONES, L., 1990: "Cerro del Prado. Die Ausgrabungen 1989 im Schutthang der phönizischen Ansiedlung an der Guadarranque Mündung", *MM* 31, 194-250.